



LA RETÓRICA DEL MENOSPRECIO¹

Clara Eugenia Rojas Blanco *

La retórica siempre se inscribe en la relación entre el lenguaje y el poder [...] en un momento determinado ilustra quién puede hablar, quién puede o desea escuchar y qué se puede decir o no [...] aquellas mujeres que insistan en entrar a la arena de la retórica serán utilizadas, malinterpretadas, minimizadas o ignoradas.²

En este artículo presento una reflexión de mi deliberación doctoral³ centrada en el análisis de algunos de los procesos que sustentaron el borramiento simbólico de la voz política de las mujeres activistas durante el develamiento del acto del feminicidio. Tomo este acto como punto de vuelo a fin de examinar y (re) valorar los procesos del uso del lenguaje desde la experiencia de las mujeres como participantes activas de los procesos políticos, tanto institucionales como de la vida cotidiana. Mi reflexión se circunscribe, primordialmente, en el período entre 1996 y 1999 por considerarlo un momento coyuntural de crisis en el que se visibilizó de manera más intensa la confrontación entre las activistas y el Estado frente al silenciamiento oficial del acto del feminicidio.

Si bien los enfoques contemporáneos en crítica retórica se caracterizan por su heterogeneidad en el estudio de los procesos retóricos, sus perspectivas críticas coinciden en documentar y analizar el poder del lenguaje. Por tanto, la

noción de poder es central en la crítica retórica, pues se centra en el análisis de cómo y por qué el poder se construye, se articula e influye y es influido por las prácticas discursivas, que a su vez son fundamentales para avanzar los proyectos de cambio social. Estos enfoques nos ayudan a comprender cómo el lenguaje nos proporciona las estructuras por medio de las cuales le damos sentido a nuestra experiencia, construimos nuestra identidad colectiva y promovemos acciones en el mundo, para bien o para mal. Se considera que tanto la palabra como cualquier otro símbolo son acciones o estrategias discursivas que contribuyen a (de)formar nuestra percepción e interpretación del entorno, persuadiéndonos a actuar en concordancia o discordancia. De manera específica, el pensamiento feminista en retórica crítica,⁴ aporta el género como una categoría de análisis que nos permite profundizar en la (re)visión histórica y la (re)valorización de los procesos de (ab)uso del lenguaje desde la experiencia de las mujeres y la (im)posibilidad de ser consideradas de

manera equitativa en los procesos políticos, tanto tradicionales como de la vida cotidiana.

A manera de preámbulo afirmo que la crisis social, durante y después del develamiento del acto del feminicidio, se manifestó públicamente como un proceso discursivo complejo, que para comprenderlo a profundidad se requieren múltiples maneras de conocer y de entender el mundo. En lo personal, utilizo un enfoque dialéctico, para lo cual tomo como referente la teoría de Kenneth Burke, 'la dialéctica de la tragedia'.⁵ *Esta teoría me permitió entender los asesinatos y la crisis en torno a éstos, no como una manifestación extraordinaria y descontextualizada con un principio y un fin, sino como proceso dialéctico que se encuentra, hasta la fecha, en constante contradicción y que a su vez se ha ido redimensionando de acuerdo con diversas coyunturas socioeconómicas y políticas.*

Así planteado, estudiar una protesta social es estudiar un drama o un acto de contradicción y de constante transformación. Burke sugiere que toda protesta social tiene un movimiento y una forma específica, que a su vez adquiere significación en función del contexto socioeconómico y político en el cual se manifiesta. En el caso de una crisis o tragedia social, este movimiento se puede ilustrar en tres etapas entrelazadas o traslapadas (aunque se puede tomar como punto de partida cualquiera de ellas): de *pathema* (sufrimiento, infortunio o crisis), a *poiema* (acción, acto o creatividad) y a *mathema* (la reflexión, lo aprendido). La dialéctica de la tragedia propone un movimiento circular y traslapado que nos permite ir redimensionando



(a manera de espiral o de caracol) la manera como interpretamos, explicamos y promovemos nuevas acciones a partir de "lo aprendido", que a su vez siempre va a estar sujeto a contradicciones, dando lugar a otras crisis y a otras acciones y así sucesivamente. A diferencia de la dialéctica

hegeliana, este proceso es circular, que aunque sí presenta tesis y antítesis, no pretende una síntesis.

En cada una de estas etapas examiné la relación entre lenguaje, poder, género y agencia. Dada la limitación de espacio, en esta ocasión no puedo abordar en detalle cada uno de estos análisis, lo que me parece importante señalar es que en cada una de estas etapas sobresale lo que yo acuño como *la retórica del menosprecio*. Dando por sentado que toda definición es arbitraria y contextualizada, de manera breve defino este proceso como una práctica retórica significativa hegemónica sustentada por diversas estrategias persuasivas (e.i. estereotipos negativos) centradas en devaluar, minimizar o silenciar tanto a las víctimas como las demandas de justicia promovidas por las activistas locales. La retórica del menosprecio se da como un acto de silencio autoritario que minimiza los actos de violencia física y simbólica, como si no hubiese nada importante que decir, que ver o que saber.

Mi análisis toma como punto de vuelo el momento de *pathema* (silencio, sufrimiento, infortunio o crisis) de la víctimas y digo que la comunidad juarense no estaba preparada para leer/entender los silencios históricos impresos en los cuerpos de las víctimas. De hecho pasaron varios años para que los crímenes se consideraran como una expresión estridente de la violencia de género.

Esta minimización nos indicó que la violencia de género era una práctica “normalizada” en la cultura local, la consecuencia de la incrustación de un menosprecio histórico relacionado con los derechos de las mujeres y de las niñas en esta comunidad fronteriza.

Un menosprecio hacia las “subalternas femeninas urbanas”⁶ o mujeres de la clase trabajadora, mayormente migrante, que forman parte del ejército de mano de obra barata, que por los últimos 30 años han apuntalado el capital local, nacional e internacional, que se intersecta en esta comunidad fronteriza para territorializar la economía globalizada.

Como reacción o contradicción al silencio oficial se articula (en voz y enlace) el momento de *poiema* (acción, acto o creatividad) caracterizado por el no menos conflictivo proceso de activismo de las mujeres de Juárez. Aquí se ilustra una circunstancia compleja caracterizada por la paradoja entre la voz y el silencio; en donde tanto la voz como el silencio de los grupos hegemónicos significaron menosprecio tanto hacia las víctimas, como hacia las demandas de justicia, por tanto hacia las activistas. Esta paradoja significó en función de la “efectividad” de las estrategias retórico-discursivas de las y los actores involucrados/as. Por ejemplo, las voces o demandas de las mujeres activistas y los familiares de las víctimas en todo momento estuvieron expuestas a procesos de (in)visibilidad por parte de los medios locales. Entonces la efectividad de las estrategias políticas dependió en gran parte del reconocimiento del *ethos* (credibilidad aunque no necesariamente ética) en función de la posición social, económica y política



que ocupaban las y los participantes. Este proceso de oposición, resistencia y negociación con las estructuras del poder por parte de las mujeres activistas y las familias, paradójicamente pone en crisis lo que significa ser activista y hablar o representar a las otras. Esta contradicción termina por fragmentar y

desalentar la participación de muchas.

Por un último, en la etapa de *mathema* o lo aprendido, documento la reflexión, a manera de testimonio, de un grupo de activistas locales, acerca del aprendizaje que les dejó su experiencia durante las confrontaciones y marchas públicas. Esta reflexión nos llevó a comprender que no estábamos preparadas (agencia discursiva) para desarticular la retórica del menosprecio, sobretodo en lo relativo al género. Entre otras expresiones, las que más sobresalen son las de desaliento, como se ilustra en los siguientes testimonios:

Llegó un momento en que yo sentí que estábamos lavando un piso que está tan manchado que nunca le vas a poder quitar la mancha; te agotas y te cansas y no ves resultados. Pero además, y lo más importante, fue que me di cuenta que a los culpables de haberlo manchado no les importaba. Entonces ¿por qué teníamos que limpiarlo las mujeres? Creo que es por eso que yo decidí retirarme de las protestas públicas. Es así de sencillo. Debemos reunirnos a pensar en mejores maneras de promover los derechos de las mujeres. (AMJ, activista local, 10 de agosto de 2004).

Después de años de estar enfrentando a las autoridades y ver el dolor de las madres, me

di cuenta que me resistía a estar en contacto con el dolor. Emotivamente me deterioraba mucho y que siendo una mujer con múltiples actividades en los grupos comunitarios no podía darle tiempo y la atención a eso, pero básicamente me dominaban los sentimientos de frustración... La verdad no me interesa entrar en discusiones políticas y menos estar en constantes enfrentamientos con el gobierno. Debe de haber otra forma, pues ésa sólo nos llevó a desgastarnos y... ellos tan campantes. A veces pienso que ignorarnos fue su mejor estrategia, ellos ya sabían que tarde o temprano nos íbamos a cansar. (BSD, activista local, 14 de agosto de 2004).

Cuando una de tus metas personales es lograr la justicia y de pronto tomas conciencia de que todo un sistema, históricamente perverso, estaba involucrado no sólo en la negligencia, sino también como parte ejecutora, entonces te invade un gran desaliento. Una vez más la experiencia nos enseñó que no habíamos aprendido nada de la historia de corrupción, impunidad e injusticia perpetuada por un Estado perverso contra tantos inocentes... Ante esto, tú dime ¿qué persona puede multiplicarse



y estar durante estos 10 años promoviendo una respuesta de justicia de un Estado simulador? Creo que la injusticia nos rebasó y no hay activismo que pueda cambiar ese estado de cosas, porque las autoridades son tan cínicas que lo mismo les da si hablamos, gritamos, exigimos o

no. Definitivamente, necesitamos re-pensar en nuevas formas de hacer política. (GMP, activista local, 5 de octubre de 2004).

En general, el acto de feminicidio nos tomó por sorpresa y pagamos un precio muy alto por nuestro disimulo frente a los derechos de las mujeres y las niñas en esta comunidad fronteriza. Las mujeres que contestamos a los silencios oficiales no teníamos (ni tenemos) la presencia o reconocimiento político, los espacios y menos la agencia discursiva para (des)articular las ideologías dominantes, así es como intencionalmente hemos permitido que se menosprecie nuestra voz política. Por tanto, a través del poder simbólico del lenguaje se sustentaron actitudes personales y colectivas que marcaron, nombraron, excluyeron y silenciaron tanto prácticas como personas, avalando así, la permanencia de la injusticia soterrada y legitimada por la *retórica del menosprecio* hacia los derechos de las mujeres y las niñas, por parte de los que detentan el poder.

* Docente de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
 1 Versión breve de la ponencia presentada bajo este título en el Tercer Encuentro Nacional de Análisis del Discurso realizado en la Universidad de Guadalajara del 4 al 6 de octubre, 2006.
 2 Cheryl Glenn, *Rhetoric Retold: Regendering the Tradition from Antiquity through the Renaissance*. Carbondale and Edwardsville, Southern Illinois, University Press, 1997, p. 3.
 3 Clara E. Rojas, *The Rhetoric of Dismissal: Theorizing de Fronteriza/ Juarenses Political Activism from a Feminist Rhetorical Perspective*. Doctoral Dissertation, NMSU, 2006.

4 Karen Foss, Cindy Griffin & Sonja Foss, *Feminist Rhetorical Theories*. Thousand Oaks, Sage, 1999.
 5 Kenneth Burke, *Grammar of Motives*. Berkeley, University of California Press, 1969.
 6 Gayatri C. Spivak, *A Critique of Postcolonial Reason*. Cambridge & London, Harvard University, 1999.